

El partido triunfante, conservador, sin el nombre, se dividió, como se había dividido el liberal, pero más presto. Mosquera encabezaba de hecho, pero no de derecho, la fracción genuinamente conservadora. La oposición miraba mal á Mosquera; pedía la reforma ó abrogación de leyes severas cuya oportunidad había pasado; y rechazaba algunos proyectos de la administración Herrán. No se caracterizaba como partido; pero la aplaudían, como era natural, y poníanse á su sombra los liberales, al tratar de levantarse, mal heridos, del aturdimiento y postración en que yacían.

ARBOLEDA, espíritu inquieto y batallador, y nada propenso á la adhesión incondicionada, se afilió en la oposición parlamentaria. De aquí el que se haya dicho que en aquella época fué liberal. Fué opositorista, y llevó harto lejos sus condescendencias con los liberales; pero si reflexionamos que con estas condescendencias se oponía á Mosquera, el cual exaltado poco después á la presidencia desacreditó y labró moralmente la ruina del partido conservador, y más adelante acaudilló el liberal para destruir el benéfico principio de la legitimidad en la Nueva Granada, el juicio vacila, y no acierta á decidir cuál de las dos fracciones del partido conservador entonces abrigaba en su seno gérmenes más perniciosos y mayor inclinación al suicidio político. La una tenía un jefe funesto; incurrió la otra en deplorables debilidades y contemporizaciones en orden á ideas y doctrina.

La aparición de ARBOLEDA como orador parlamentario fué deslumbradora. El Señor D. J. M. Samper, estudiante liberal entonces, recuerda la

impresión que en él y en sus compañeros hizo la figura de Arboleda en la tribuna. Las palabras del citado escritor merecen transcribirse aquí, como un eco de aquella época:

“ARBOLEDA nos sorprendió y sedujo á todos. Jamás orador alguno entre nosotros había sido tan incisivo y correcto, tan académicamente literario ni tan variado en su elocuencia como aquel poeta militar, joven opulento y afortunado que saliendo del seno de una familia eminente y aristocrática y de las filas del partido conservador, se presentaba en el Congreso como el abanderado de la oposición liberal, y desde su primer discurso eclipsaba á Ezequiel Rojas, á Murillo, y demás hombres notables que contaba en las Cámaras el liberalismo. Al declararse ARBOLEDA abiertamente hostil á los Jesuitas y á la Administración tratando las cuestiones de un modo muy elevado, florido y erudito entusiasmó á los liberales y se hizo admirar y temer por los contrarios. . . . Su decir era tan hábil en la conversación como vigoroso y grandilocuente en la tribuna. Cuando discurría en público su palabra era tan presto elegante y florida como suave y erudita; unas veces irónica y llena de sarcasmo, y otras agresiva, cortante y punzante como dardo acerado; en ocasiones auxiliada por todas las galas de la poesía y de la oratoria clásica se elevaba hasta la elocuencia patética con arrebatadora entonación. En todas circunstancias era fácil y abundante, correcto y flexible, y hacía con singular oportunidad y soltura las más difíciles transiciones de lo serio á lo sarcástico, de lo sublime á lo epigramático,

manejando la apóstrofe y la ironía con especial habilidad.”\*

Brillaba entonces en la Cámara de Representantes otro joven á quien la analogía de las circunstancias políticas y de las aficiones literarias, al par que el contraste de los caracteres, convidan á poner en paralelo con ARBOLEDA. Nuestra pluma, á quien no toca escribir tal estudio comparativo, anticipará sólo, á la que haya de bosquejarlo con la debida imparcialidad, aquellos rasgos que ocurren como de bulto al llegar á este punto de nuestra desaliñada narración.

JOSÉ EUSEBIO CARO y JULIO ARBOLEDA eran exactamente contemporáneos: † uno y otro nacieron estando ausentes sus padres del domicilio propio, á consecuencia de las turbulencias políticas de la época, y ámbos, en tierna edad, fueron restituidos á la casa paterna, y recibieron las primeras lecciones de sus abuelos respectivos; ‡ ámbos eran alumnos de las Musas y daban religioso culto á la Poesía.

Ambo florentes aetatibus, Arcades ambo.

El uno coronó su educación en Bogotá, el otro

\* SAMPER, *Galería de hombres ilustres ó notables*, tomo I.

† Caro nació el 5 de Marzo de 1817. En ese mismo año, fausto para las letras, nacieron otros muchos poetas españoles y americanos.

‡ D. Francisco Javier Caro, gaditano, conoció en Cartagena á D. M. A. Pombo, y fueron muy amigos, como lo acredita la correspondencia que de ellos se conserva. Siguiéron después opiniones contrarias, manteniéndose adicto el primero á la causa realista, y abrazando el segundo la de la independencia. Mientras D. Francisco enseñaba en Bogotá á su nieto José Eusebio, Julio en Popayán recibía lecciones de su abuelo D. Manuel.

había viajado por el Viejo Mundo; reconcentrado, melancólico aquél, “en su capa envuelto á la española”; éste más hecho al bullicio y elegancia cortesana; ámbos de gran corazón, capaces de entusiasmo y sacrificio, la revolución de 1839 á 1842 tornó á igualar sus destinos. En tanto que ARBOLEDA publicaba en Popayán *El Independiente* y *El Payanés*, Caro escribía en Bogotá el inolvidable *Granadino*; y el espíritu que animaba á los dos periodistas era uno mismo; ámbos tomaron armas en defensa del Gobierno; ámbos lidiaron heroicamente; ámbos fueron edecanes del General Herrán, el uno en el Sur, el otro en el Norte. Conociéronse, y fueron amigos; y después de marchar “fusil al hombro, ó sable y daga al cinto,” á donde el deber y la disciplina los llamaron en la guerra, volvieron á hallarse, serenado el cielo de la patria, en el recinto de los Diputados del pueblo.

No siempre, pero muchas veces, trabajaron allí de acuerdo, como de acuerdo habían estado en la hora de peligro. Juntos dieron en tierra con la ley de medidas de seguridad, que revestía de facultades extraordinarias á los Gobernadores de provincia, y de la cual abusó, ya asentada la paz, uno de dichos Gobernadores, á quien ámbos acusaron con enérgica entereza; y más adelante, Representante ARBOLEDA y Ministro de Hacienda Caro, concertaron el proyecto de ley que extinguió gradualmente el monopolio del tabaco. En 1851 ámbos hicieron abierta oposición al General López en escritos políticos y en poesías de inmensa resonancia, inspiradas por la indignación y el patriotismo. Caro murió en Santa Marta cuando soñaba que la vista de su esposa y de

sus hijos le indemnizaría largamente de los dolores de la más injusta proscripción; la muerte aplazó el golpe que había de poner fin, más trágico aún, á los días de ARBOLEDA.

En el tiempo á que nos referimos antes, Caro y ARBOLEDA se sentaban en opuestos bancos. Era ARBOLEDA opositorista; mientras Caro, que veneraba al General Herrán, á la sazón Presidente de la República, y que con el doctor Ospina, Secretario de Gobierno, estaba ya ligado por vínculos de amistad y estimación, después nunca desmentida; Caro, decimos, era sincero y esforzado paladín de la Administración. En las discusiones parlamentarias, como en todo género de lucha, y acaso más que en otras, la pasión ofusca, la cólera ciega, los amigos, los hermanos no se reconocen en el calor del combate. No tardó en concretarse y encenderse la polémica, y de ahí el incidente personal que vamos á consignar. Quería el Ejecutivo que se multiplicase el número de las provincias, subdividiéndose las veinte que componían la República; y con arreglo á este pensamiento discutíase en el Congreso la ruidosa ley de división territorial. Caro, dialéctico severo, amigo de la línea recta silogística, quería reducir á términos estrechos la abundosa y florida elocuencia de su contendor ARBOLEDA, y reconvinéndole en tono festivo, le dijo con Iriarte: \*

Tantas idas  
y venidas,  
tantas vueltas  
y revueltas,

\* *La ardilla y el caballo.*

quiero, amiga,  
que me diga,  
¿son de alguna utilidad?

Y ARBOLEDA, continuando la reminiscencia, replicó, en tono irónico, con estas palabras de la misma fábula:

Yo me afano,  
mas no en vano;  
sé mi oficio,  
y en servicio  
de mi dueño  
tengo empeño  
de lucir mi habilidad.

Caro, empleado de la Administración en el ramo de Hacienda, y adicto á la persona del Presidente, sintióse herido en su dignidad, que era la más delicada fibra de su carácter, por una alusión tanto más picante cuanto él mismo sin pensarlo la había provocado; y acercándose á la mesa de la Secretaría extendió allí una lacónica renuncia del empleo que ejercía, con la solemne advertencia de que no desempeñaría otro alguno durante la Administración de Herrán. La circunstancia de hallarse presente el señor Ospina, le permitió, después de pocas palabras cruzadas con él en voz baja, la satisfacción de erguirse en seguida con su renuncia en la mano, aceptada con la firma del Secretario de Estado, y presentando este comprobante inequívoco de su independencia de carácter, anudó la interrumpida argumentación.

Á otro día, muy temprano, ARBOLEDA estaba en casa de Caro, y después de darse un abrazo de fraternal reconciliación, paseábanse mano á mano recitándose alternativamente sus versos.

La elección de nuevo Presidente no fué por entonces, como de ordinario lo ha sido, ocasión de alborotos y escándalos, pero sí determinó más y ahondó la división del partido constitucional. Fueron candidatos el General Mosquera, el General Borrero y el Doctor Cuervo. ARBOLEDA, que combatía la candidatura de Mosquera y apoyaba la de Borrero, escribió por entonces un folleto que tuvo mucho eco, intitulado *Los tres candidatos*. Excluida la candidatura civil, la competencia quedó, por desgracia, reducida á Mosquera y Borrero.

Mosquera era un hombre por muchos motivos peligroso: se había hecho temer de sus contrarios, sin ganarse la estimación de sus partidarios. Colérico, arbitrario, cruel, había hecho pasar por las armas en la guerra de 1840-1842 á muchos prisioneros de guerra, sin fórmula de juicio, y estos "crímenes"\* consentidos, no castigados y sí en cierto modo premiados con la candidatura á la Presidencia, debían ser, y fueron en efecto, inmoral y funesto antecedente que había de arruinar temprano ó tarde el imperio de la legalidad. Su vanidad quijotesca y sus extravagancias probaban que faltaba á sus facultades el debido equilibrio. Borrero era un intrépido y gallardo militar de la independencia, pero tan desgraciado en la guerra cuanto afortunado su competidor; miembro de ilustre familia de Cali; de noble y caballeroso porte; tan hábil en la elocuencia parlamentaria como en la forense (pues era también abogado), de elocución simpática y lozana, llena de

\* Caro no tuvo reparo en llamarlos así, primero en el *Grana-dino*, 1842, y después en la *Civilización*, 1850.

felices alusiones históricas; fué él quien en 1840 con una improvisación impetuosa dejó herido de muerte al General Santander.

Mosquera, en cambio, había ganado batallas, y había fusilado y ahorcado liberales á troche moche. En vez de principios políticos, de que carece quien navega, sin más norte que su ambición, tenía Mosquera audacia coronada por el éxito, prestigio militar, y valiosas relaciones de familia. Hubo una circunstancia decisiva en su favor. El Presidente Herrán, en ejecución y cumplimiento de una ley de misiones, había llamado al país los Jesuitas, y estos religiosos, entre los cuales vinieron algunos respetabilísimos, como el R. P. Gil, que después desempeñó el alto cargo de Asistente por las Américas, establecieron en Bogotá y otros lugares de la Nueva Granada casas de enseñanza, noviciados y misiones. Contra ellos se levantaron á un tiempo los furores de los liberales incrédulos, y las preocupaciones de algunos conservadores. El santo y sabio, y una y muchas veces ilustre Arzobispo D. Manuel José de Mosquera, era decidido protector de los Jesuitas; hermano del Arzobispo, D. Tomás Cipriano, el General, había prometido mantener en el país á la Compañía, al paso que Borrero, escéptico en religión, é imbuido en el filosofismo francés, miraba mal á los hijos de San Ignacio de Loyola, y los liberales, adhiriéndose á la candidatura de este General, esperaban que vendría en expulsar á los Jesuitas. De esta suerte Mosquera ganó opinión, y se vió puesto por las circunstancias al frente de la buena causa, debiendo en esta como en otras ocasiones su elevación, no á virtudes propias, sino á vicios ó faltas de sus competidores.

Renovóse más de una vez en años posteriores la cuestión de los Jesuitas, y doloroso pero necesario es reconocer que no tuvo la Compañía por entonces acusador más poderoso y temible, que ARBOLEDA, precisamente porque no insultaba, sino argüía, bien que con sutileza á veces y extraviado por la malicia de apasionados escritores como Michelet y Quinet. En 1848 publicó ARBOLEDA su folleto *Los Jesuitas*, en el cual se proponía demostrar que no era conveniente la existencia de los Jesuitas en el país como instituto docente, y que los padres de familia no debían confiarles la educación de sus hijos. En contestación aparecieron dos folletos, uno (que sólo citado hemos visto) intitulado *Arboleda y González y los Jesuitas*, y otro, una erudita y bien razonada *Refutación de algunos errores del Sr. Julio Arboleda sobre los Jesuitas y sus constituciones*, que corrió anónima, y entendemos es obra del Sr. Groot.

¿Qué movió á ARBOLEDA á escribir contra los Jesuitas? Creemos que una convicción errónea, pero sincera. Muchos que ni los habían tratado ni los conocían, profesábanles un odio de imaginación, nacido en la lectura de obras apasionadas, falsas y malignas. Á tiempo que la juventud liberal los estudiaba en la infame novela *El Judío Errante*, imaginando que cada padre de la Compañía era un Rodin, no faltaban algunos conservadores que aprisionados en el cerco mágico de las *Cartas Provinciales* mirasen también á los Jesuitas con recelo y antipatía. La imparcialidad y la justicia exigen que se advierta que ARBOLEDA, atacando á los Jesuitas, empezaba por confesarse católico. Habíase colo-

cado en el terreno mal seguro, pero no paladinamente heterodoxo, del abate Gioberti, cuyos escritos influyeron no poco en su fantasía. Una falsa idea de los Jesuitas, formada en la lectura de obras parciales, y un celo patriótico exaltado, un infundado temor de la influencia que pudieran ejercer en la juventud las enseñanzas de clérigos extranjeros, torcieron la noble pluma de ARBOLEDA en aquella malhadada controversia. Penoso le fué sostenerla contrariando y lastimando á *personas*—como él mismo decía—*que apreciaba con toda su alma*. Penoso también debió de serle ver cuán pocos le acompañaban contra los Jesuitas en el terreno católico, y que los ecos que despertaba en torno, eran los de la ignorancia, la incredulidad y la envidia. Ni tardó mucho en desengañarse de su error. En 1850 desaprobó como arbitraria la expulsión de los Jesuitas decretada por el Presidente López; y expatriado encargó la educación de sus hijos á los Padres de la Compañía: retractación elocuente, y de hecho, de las ideas consignadas en sus publicaciones de 1848.

Comprometido de esa suerte en contra de la opinión general del partido conservador, en un punto íntimamente conexas con la cuestión capital de la enseñanza pública, ARBOLEDA por aquel tiempo marchaba, con independencia personal, fuera de la órbita y disciplina de los partidos. De filas opuestas procedía D. Florentino González, conspirador en 1828, y liberal decidido en 1840; pero estaba por entonces en situación política análoga á la de ARBOLEDA, porque habiendo modificado sus ideas en sus viajes por Europa, era ya “un hombre positivo y no un político entusiasta, un pensador en vez de hom-

bre de partido."\* ARBOLEDA y González escribieron juntos en *La Época*, y juntos publicaron *El Siglo*. González fué llamado por Mosquera á la Secretaría de Hacienda, y llevó adelante importantes reformas. Á ARBOLEDA se le brindó con el portafolio de Relaciones Exteriores, y con una misión á Europa, pero no quiso aceptar cargo alguno en la Administración del General Mosquera, ni jurar por entonces en nombre de ningún partido ni de candidato alguno. Retirábase á la vida privada, donde iba á sorprenderle bien pronto y á envolverle con ímpetu en no esperadas peripecias el turbión revolucionario.

## IV.

## REVOLUCIÓN DE 1851.

EL Congreso de 1850 debía perfeccionar la elección de Presidente de la República, señalando para este puesto á uno de los tres candidatos favorecidos por los sufragios populares. El distinguido abogado y estadista D. Rufino Cuervo era el candidato conservador ministerial. El doctor Gori, abogado también, de antecedentes ambiguos y de importancia personal escasa ó ninguna, era candidato conservador de oposición: su candidatura, que no él mismo, representaba todos los odios y desabrimientos engendrados en el seno del partido conservador por un hombre como Mosquera, que tenía, como de él dijo J. E. Caro, acierto para desacreditar con arbitrariedades el camino de las reformas. Era

\* Samper.

candidato liberal el General José H. López, elegido con habilidad para no asustar á los legitimistas ni disgustar á los revolucionarios; porque López no había tomado cartas en la guerra de 1840, pero había sido compañero histórico y era grande amigo de Obando, el caudillo de la terrible revolución de aquella época. Creían los liberales que con mañosos preámbulos para ejercer violencia en momento oportuno, triunfarían sobre el partido conservador destrozado por la discordia intestina.

El 7 de Marzo de 1849 el Congreso de la Nueva Granada, después de una votación reñida, y bajo las amenazas de una turba armada, eligió Presidente de la República al General José Hilario López. Con él vinieron al poder los revolucionarios de 1840, y constituyóse un gobierno reaccionario que mantuvo agitada la nación y encendió la guerra civil.

La religión y la propiedad, bases de toda sociedad culta, fueron blanco de insultos oficiales. El partido triunfante ejerció una serie de actos encaminados á atacar la disciplina de la Iglesia Católica, á privarla de sus facultades canónicas, á arrebatarle sus propiedades, á suprimir las oblaciones necesarias para el sostenimiento del culto y sustentación de sus ministros. Desenterróse la malhadada real pragmática de Carlos III para expulsar á los Padres de la Compañía de Jesús;\* dictóse asimismo decreto

\* Podéis hablar vosotros asimismo  
Humildes misioneros de la Cruz,  
Ante los cuales del reabierto abismo  
Renace del Borbón el despotismo  
En esta edad de luz.

J. E. CARO, *Oda citada.*

de extrañamiento contra el ilustre Arzobispo de Bogotá, señor Mosquera, y otros Obispos; fueron ocupadas sus temporalidades, ajada su dignidad, calumniada su conducta y ultrajadas sus personas.

Al mismo tiempo sembraba el Gobierno la maldita semilla de las *sociedades democráticas*, que en el Cauca, región volcánica, donde “todo es grande, hasta el delito,” como decía ARBOLEDA, se desenvolvieron como una calamidad pública. Se proclamó el principio prudoniano: “la propiedad es un robo,” y se inventó la dominación del célebre *perrero*: hombres odiados sólo por razón de su alcurnia ó de su riqueza, eran azotados por partidas de *democráticos*; las señoras mismas no siempre pudieron librarse de tan atroz ultraje. Reiteradas veces, y siempre en vano, se denunciaban al Gobierno semejantes desmanes, que el Secretario de Estado señor Murillo con gínica sonrisa calificó de *retazos democráticos*.

ARBOLEDA, como hemos visto, había pertenecido á la oposición durante la administración del General Mosquera, era amigo personal de López, y algún tiempo antes de la elección del 7 de Marzo se hallaba retirado en sus valiosas haciendas del Cauca, dedicado á empresas agrícolas é industriales. No fué, por lo tanto, preconcebida la oposición que hizo ARBOLEDA á aquella Administración. Moviéronle á desempeñar el importantísimo papel político que le tocó hacer entonces, sus intereses amenazados, como honrado propietario, y sus sentimientos profundamente heridos como buen patriota.

En Popayán publicó el *Misóforo*, periódico de oposición, del cual aparecieron nueve números (13

Junio-27 Noviembre, 1850). La principal producción que en este periódico vió la luz es una elocuente carta, dirigida á los Editores de la *Gaceta Oficial*, el *Neo-Granadino* y *El Conservador*, en la cual trataba esta tesis: *¿Qué es López?—Tirano.*

También aparecieron en el *Misóforo* las satíricas *Escenas democráticas*.\*

No impunemente se hace uso de la imprenta para combatir á los que proclaman, como proclamó la Administración López, “*libre absolutamente la expresión del pensamiento de palabra ó por escrito.*” Tomóse pretexto de un discurso pronunciado por ARBOLEDA en una reunión, y con tal motivo fué reducido á prisión, por sentencia judicial. En la cárcel de Popayán (1851) y en día aniversario del 7 DE MARZO, aparecen fechadas las dos valientes poesías políticas *Estoy en la cárcel* y *Al Congreso Granadino*.

“No basta—decía el ilustre Jovellanos—que los pueblos estén quietos, es preciso que estén contentos; y sólo en corazones insensibles ó en cabezas vacías de todo principio de humanidad, y aun de política, puede abrigarse la idea de aspirar á lo primero sin lo segundo.”

¿Y qué diremos de Gobiernos que han aspirado á dominar sin lo segundo ni lo primero; de facciones revestidas de aparato legal, enemigas de la sociedad, que se empeñan en herirla y lastimarla en sus más sagradas tradiciones y en sus intereses más caros, hasta lanzar á hombres pacíficos en desesperada resistencia, para oprimirlos como á rebel-

\* Se incluye un fragmento en esta colección.

des y tener pretexto de ejercer rapiñas y procripciones?

ARBOLEDA era en principio enemigo de las revoluciones; él abogó siempre por el castigo severo de los revolucionarios; él en 1840, en 1854, en 1860 combatió con heroico é indomable esfuerzo á los revolucionarios. . . . Y sin embargo en 1851 ARBOLEDA fué revolucionario; y no sólo él, joven entonces, de fogosa imaginación y de sangre hirviente: entre los pronunciados hubo hombre de la calma y patriarcal estilo de un D. Pastor Ospina (y como él pudiéramos citar á otros muchos) que anduvo á pie, como guerrillero, arma al brazo, por los cerros de Guasca.

La explicación de este fenómeno está en aquella anómala situación creada por un fanático é imprevisor liberalismo en pueblos medio-civilizados; en la existencia de Gobiernos revolucionarios y suicidas. Entendíalo así ARBOLEDA cuando en 1851 exclamaba: “¿En qué país, en qué tiempo se vio jamás que el Gobierno instituido para reprimir y castigar el delito, para proteger y alentar la virtud, sea el enemigo declarado de los buenos y el decidido protector de los perversos?”

Pero no hay necesidad de apelar al testimonio de los que fueron actores en aquellos sucesos. Plumas extranjeras y autorizadas juzgaban del mismo modo, en el *Annuaire des deux mondes* (1851-1852), la situación política de nuestra patria en aquel período: “La Nueva-Granada por una de esas manías de imitación que son la plaga de las sociedades hispano-americanas ha estado entregada al furor revolucionario. Los clubs llamados *sociédades democráticas*,

establecidos lo mismo en Bogotá que en las últimas poblaciones, han envuelto el país en la anarquía. Multitud de periódicos, principiando por la *Gaceta oficial*, se han dado á propagar tan perniciosa influencia, que data del 7 de Marzo de 1849. Pasiones, táctica, lenguaje, todo ha sido allí como un eco de la demagogia europea. El Gobierno mismo ha sido y se ha gloriado de ser un Gobierno socialista. El General López, Presidente de la República, se ha puesto á la cabeza de tan extraño movimiento, siendo sus principales auxiliares el Sr. Murillo, Secretario de Hacienda, y el General Obando, candidato á la presidencia en el siguiente período. El General López se alaba de haber descubierto el maravilloso secreto de fundar la tranquilidad pública sobre la libertad absoluta. Y no ha habido, con efecto, durante el año 51, sino dos insurrecciones á mano armada, amén de la inseguridad universal causada por la permanente agitación revolucionaria. Consecuente consigo mismo, el General López pide en su mensaje que se abroguen todas las leyes destinadas á reglamentar el ejercicio de la libertad.”

“Asistimos, pues, á una representación transatlántica de todas las invenciones y delirios del espíritu revolucionario europeo. *Enfin, l'administration du Général Lopez s'est employée le plus consciencieusement du monde à bouleverser législativement la Nouvelle-Grenade.*”\*

Al mismo tiempo ejercía la presidencia de la vecina República del Ecuador el señor Novoa, con-

\* Véanse igualmente los escritos de M. Ch. de Mazade, en aquella época, sobre el *Socialismo en la América del Sur*.